

## **El asistencialismo en la política social y en el Trabajo Social**

**Norberto Alayón.**

### **1. INTRODUCCIÓN**

Deseamos presentar para su discusión algunos puntos de vista acerca de la temática del asistencialismo y particularmente de su relación con la Política Social y el Trabajo Social.

El análisis no pretende estar centrado en el origen y los condicionantes que dieron vida históricamente a este fenómeno, ni tampoco describir detalladamente el papel que cumplió y cumple al interior de la Política Social y de Trabajo Social.

Necesariamente tendremos que incluir y describir brevemente tales aspectos, pero en la perspectiva de acercarnos a la polémica algunas reflexiones que permitan delinear nuevas alternativas de acción, superadoras del asistencialismo y de su negación.

Porque creemos que ya es hora de erradicar definitivamente las posturas que reivindican la concretización de diversas modalidades del asistencialismo, del mismo modo que es necesario combatir el idealismo verbalista y “revolucionario” de quienes aún hoy rechazan frontal y airadamente cualquier práctica que bordee, siquiera, tal perspectiva de acción.

Deberíamos entonces preguntarnos, en este primer momento ¿qué es o qué entendemos por asistencialismo? Trataremos de definirnos simplemente.

El asistencialismo es una de las actividades sociales que históricamente han implementado las clases dominantes para paliar mínimamente la miseria que generan y para perpetuar el sistema de explotación.

Tal actividad ha sido y es realizada, con matices y particularidades, en consonancia con los respectivos períodos históricos, a nivel oficial y privado, por laicos y religiosos.

Y la esencia siempre fue la misma (al margen de la voluntad de los “agentes” intervinientes): dar algo de alivio para relativizar y frenar el conflicto, para garantizar la preservación de privilegios en manos de unos pocos.

Primero, entonces, los sectores dominantes producían a gran escala la miseria y la enfermedad y luego creaban algunos hospitales y asilos.

Este aspecto relacionado a la magnitud de la prestación de servicios merece también destacarse, porque a la par de no erradicarse las causas generadoras de la pobreza y sus secuelas, la propia acción paliativa siempre fue bastante insuficiente y ni siquiera equilibra la cantidad de problemas creados con la atención que se les brinda a los mismos. Mientras la construcción de viviendas, hospitales, escuelas, “sube” por escalera, la necesidad de esos servicios “sube” por ascensor. Cabe recordar también que esta tendencia se relativiza y se amengua en los períodos de gobiernos populares.

Hacia estos injustos fines concurrían, a sabiendas, o no, filántropos, religiosos, damas de beneficencia y ya en este siglo, nosotros los Trabajadores Sociales.

Y a esta altura del breve y sencillo razonamiento, el final de la película parece incuestionable y uinámine: ¡guerra total al asistencialismo y rechazo absoluto a su labor!

Pero la cuestión no es tan simple. Reconocemos, en primer lugar, la intención de las clases dominantes de reproducir, por medio de la Política Social y sus profesionales, las relaciones sociales de producción, garantizando la continuidad de su hegemonía.

Por otro lado, observamos la función legitimadora del sistema que usualmente cumplen los profesionales encargados de poner en práctica las diversas Políticas Sociales.

Por último nos faltaría saber qué piensan y cómo actúan ante el asistencialismo los sectores explotados, es decir la gente que padece concretamente los problemas sociales que se intentan “parchar” a través de la intencionalidad descrita.

Porque es la opinión y la conducta de la gente que sufre hambre, enfermedad, analfabetismo, falta de vivienda, etc., la que tendremos que tener en cuenta fundamentalmente, para partir –tal como debe ser- de la realidad concreta y no de los cristales, muchas veces ahumados, de ciertos científicos.

El padre o al madre de un niño que tiene hambre o sufre una enfermedad, no se detiene necesariamente a pensar en la intención u orientación de quien le llegue a brindar ayuda, por más demagógico y reaccionario que sea el dador, sea éste una persona o una institución. Y lo que es menos probable, es que llegue a rechazar tal ayuda. De modo que aquí vamos agregando para el análisis totalizador, otro de los aspectos –y bien importante- intervinientes en la cuestión del asistencialismo.

A la vez debemos considerar si la labor asistencial sólo surge como resultado de la “bondad” de los sectores dominantes, si sólo proviene de la presión ejercida por los sectores populares, o si se produce una confluencia de ambas alternativas.

En cualquiera de los casos habremos de coincidir en que la implementación de Políticas Sociales apunta, desde la intención de las clases dominantes, a reproducir la fuerza de trabajo que garantice y permita el desarrollo del capitalismo. Pero a la vez dichos servicios son necesitados y reclamados por los sectores populares; es decir que también hay lucha –y no sólo pasividad- de los desposeídos para conseguir reivindicaciones crecientes que den respuesta a sus tremendas necesidades.

Las clases dominantes no otorgan un gramo más de lo que se le solicita o reclama; no son muy dadivosas o asistencialistas, aún en la perspectiva de que necesitan garantizar un determinado nivel de reproducción de la fuerza de trabajo. En concreto, resignan lo mínimo posible, para no ver afectados sus propios intereses.

Es el nivel que alcanza el reclamo de los sectores populares lo que nos permitirá evaluar y “medir” lo que otorgan las clases dominantes. No pretendemos simplificar pensando que todo lo conquistado es “arrancado” a los sectores dominantes, pero tampoco creer que todo lo obtenido fue concebido por estos sectores sólo por serles necesario para reponer la fuerza de trabajo que asegure la producción de plusvalía.

Más precisamente, es el grado de desarrollo de la lucha de clases lo que va orientado este proceso en relación a la puesta en marcha o no, de tales o cuales políticas sociales y en tal o cual magnitud.

Resumiendo, coincidimos en que las Políticas Sociales sirven al interés de las clases dominantes, pero también sirven al interés de las clases dominadas en tanto cubren, aunque incompletamente, sus necesidades.

Y en esa lucha, donde un sector quiere conceder y frenar, mientras simultáneamente el otro quiere conquistar y avanzar, tendrán que insertarse sin idealismo recalcitrante, sin humanismo cándido, sin demagogia asistencialista, pero también sin aventurerismo pequeño burgués, sin sustitucionismo, sin desechar torpemente todo lo asistencial, los profesionales ligados a la planeación y ejecución de Políticas Sociales.

## **2. EL ASISTENCIALISMO. LO ASISTENCIAL Y LA POLÍTICA SOCIAL**

¿Hay diferencias entre la Política Social de los gobiernos reaccionarios y oligárquicos y la Política Social de los gobiernos populares?  
Entendemos que sí.

¿Y éstas diferencias ameritan ser consideradas cuidadosamente para evitar que se caiga la creencia fácil de que todas las Políticas Sociales responden a los mismos intereses y tienen idéntico origen y fin? También entendemos que sí.

Con frecuencia observamos que sectores mecánicamente radicalizados tienden a caracterizar con la misma rigurosidad a los gobiernos oligárquicos y pro-

imperialistas y a los gobiernos populares y nacionales, como si fueran exactamente la misma cosa. Según tales críticos, ambos son en definitiva gobiernos reaccionarios; uno por oligárquico y el otro por burgués. Creemos que aquí radican las dificultades que impiden comprender, en su total y contradictoria magnitud, la problemática de las Políticas Sociales.

Por cierto se visualizará y se actuará de manera distinta si se considera, por ejemplo, que la crisis actual es la crisis del capitalismo y no la crisis del imperialismo, que el eje sólo debe girar en torno a la revolución socialista ignorando y desechando la cuestión de la revolución nacional, que la contradicción principal se verifica en el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, sin entender que la lucha actual se da entre las naciones opresoras y las naciones oprimidas<sup>1</sup>.

Lo que importa precisar, y esto parece ser lo más difícil para los “marxistas” canónicos y europeos (aunque hayan nacido en América), es el valor y la progresividad histórica de los movimientos nacionales y populares (democrático-burgueses) en los países coloniales y semicoloniales.

No es cuestión entonces de gastarse el seso, que muchas veces no nos sobra, en definir a tal o cual gobierno como populista, como burgués. ¡Qué gran proeza de discernimiento científico!

El nacionalismo de un país opresor es profundamente reaccionario, pero –a la inversa- el nacionalismo de los países oprimidos (los nuestros) representa coyunturalmente el interés popular, ensamblando indisolublemente la liberación nacional con la liberación social. La clásica oposición de la “cuestión social” a la “cuestión nacional” surge de los marxista que ignoran su interrelación dialéctica y que aspiran a “marxistizar a América Latina, sin latinoamericanizar el marxismo”.

No comprender la diferencia esencial entre el nacionalismo de un país dependiente y el nacionalismo de un país imperialista, incapacita para entender el significado de los movimientos nacional-democráticos. Oponerse (desde la derecha o desde la izquierda) al nacionalismo de un país oprimido, implica situarse claramente del lado del opresor.

No se trata de desconocer el papel endeble y claudicante de nuestras burguesías nacionales, ni de creer que las mismas podrán resolver, por sí, el conjunto de las tareas democráticas y nacionales pendientes. De ninguna manera creemos que “lo nacional”, tenga en la burguesía a su mejor defensor.

Por cierto la única clase social capaz de llevar a cabo las tareas nacional-democráticas, hasta los límites que posibiliten una verdadera liberación del

---

<sup>1</sup>El imperialismo y las oligarquías nativas aliadas al mismo son el enemigo principal y no las burguesías nacionales.

imperialismo, será la clase obrera, a condición que encarne en su programa a la nación en su conjunto y desarrolle su propio instrumento de acción política.

Pero reconocer la debilidad y las limitaciones de la burguesía nacional, no nos debe hacer cometer el gravísimo error de volver la espalda y quitar el apoyo a los movimientos nacionales. Por otra parte habrá que combatir firmemente el inveterado desacierto de calificar de contrarrevolucionarios y fascistas a los movimientos nacionales de nuestra América sojuzgada.

Resulta bien llamativo cómo la derecha y la izquierda suelen coincidir en la oposición a dichos movimientos. La derecha actúa coherentemente con sus intereses y la preservación de sus privilegios, mientras cierta izquierda demuestra su trágica incapacidad para comprender la cuestión nacional en las semicolonias.

Hechas estas puntualizaciones precedentes a fin de poseer un encuadre general de comprensión, retomamos el punto concreto de la Política Social.

No lo demostraremos con cifras y estadísticas, pero es sabido que cuando irrumpen los movimientos nacionales y populares aumentan las políticas de bienestar social, especialmente dirigidas a los sectores desposeídos, mientras que el proceso se verifica a la inversa en épocas de gobiernos antinacionales.

¿Y esto como será comprendido por los sectores populares, que no manejan grandes categorías teóricas?

Para ellos, que son los que tienen y sufren los problemas, el dilema se presenta como más sencillo: apoyan a quienes, aún a medias, aún paternalistamente, dan respuesta a sus necesidades. Y rechazan, desde luego, a los gobiernos que representan los intereses de los poderosos y que disminuyen la prestación de servicios a la población necesitada.

De modo entonces que para los sectores necesitados lo que cuenta, lo que tiene importancia es la Política Social en sí, en tanto y cuanto los beneficia, al margen de que dicha política puede servir también para reproducir la fuerza de trabajo que necesita el capitalismo para apropiarse de la plusvalía.<sup>2</sup>

Caben varios interrogantes que merecen consignarse: ¿Las Políticas Sociales aletargan y adormecen a los sectores populares en su nivel de organización y en el planteo de reivindicaciones más profundas?. ¿Los servicios recibidos desmovilizan y paralizan a los explotados?. O por el contrario: ¿Las Políticas Sociales exacerbaban la comprensión y las expectativas de los oprimidos en pos de mejores y mayores reivindicaciones? ¿Los servicios recibidos estimulan e impulsan a los desposeídos hacia otras acciones por nuevas conquistas? Y desde otro ángulo: ¿Son lo mismo las políticas asistencialistas y las políticas

---

<sup>2</sup> En últimas, el proletariado no lucha para detener el desarrollo capitalista, sino para superarlo, a la par que busca reducir las condiciones de explotación.

asistenciales?. ¿Todas las acciones asistenciales merecen ser tachadas de asistencialistas y demagógicas?

Tal vez convenga efectuar algunas precisiones sobre el asistencialismo en sí.

En principio entendemos que es la orientación ideológica-política de la práctica asistencial, lo que determina si es asistencialista o no.

Por ejemplo, si creemos que la mera implementación de algunas actividades de bienestar social, sin apuntar a la erradicación de las causas profundas del atraso y la dependencia, es la “fórmula” y la panacea para solucionar los problemas sociales, estaremos sin duda inmersos en el cretinismo del asistencialismo. Y esta es la típica política social de los grupos oligárquicos dominantes.

Si, a la inversa, la actividad asistencial es asumida como derecho inalienable del pueblo explotado, interpretada en la perspectiva de la igualdad y la justicia social y a la par se obra en contra de las grandes causas generadoras de explotación y miseria obviamente no puede hablarse de asistencialismo. Y este tipo de política social, de opuesta orientación a la anterior (que además se brinda con cuentagotas), es característico paradójicamente de los gobiernos nacionales y populares, quienes representan simultánea y coyunturalmente los intereses de las clases ligadas al crecimiento de la estructura económica<sup>3</sup>.

A la vez, que la práctica asistencial no resuelva por sí misma (tal como sabemos) los problemas estructurales y de fondo de nuestros pueblos, no debe impedir que la misma se concrete en respuesta a necesidades tangibles, articulándose con reivindicaciones mayores.

Por miedo a lo asistencial muchas veces caemos en la abstracción estéril y en el discurso ideológico, alejándonos suicidamente de los intereses concretos de los grupos marginados.

De ahí que tendremos que tener mucho en separar la paja del trigo, para evitar la impugnación fácil y errónea, para no caer en el inmovilismo o en la oposición ultra y para no desacoplarnos de los estadios objetivos por los que atraviesan los sectores populares.

### **3. EL ASISTENCIALISMO Y EL TRABAJO SOCIAL**

El asistencialismo ha constituido la esencia no sólo de las formas de ayuda anteriores a la profesión, sino también del propio Trabajo Social, persistiendo en la actualidad.

---

<sup>3</sup> Coyunturalmente decimos porque reconocemos la imposibilidad de la burguesía nacional de llevar hasta sus últimas consecuencias, la lucha por sus propios objetivos de clase.

Ya muchas plumas se han dedicado a caracterizar y precisar las estructurales limitaciones de este fenómeno. El movimiento de reconceptualización, que reflejó un importante momento de avance de nuestra profesión en la superación de dicha concepción arcaica y sacralizada, se encargó de lapidarlo, pero sólo en teoría.

No fueron suficientes libros y cátedras para combatir a tan gran enemigo. Porque el asistencialismo no es una excrecencia propia del Trabajo Social, sino del sistema imperante.

Al continuar y multiplicarse los problemas sociales y en tanto no se produzcan cambios estructurales que hagan innecesaria su presencia, el asistencialismo seguirá teniendo vigencia como instrumento al servicio de los intereses de las clases dominantes.

Tal vez el desacierto mayor de la Reconceptualización fue el haber negado radicalmente el asistencialismo, sin recuperar la perspectiva de “lo asistencial”, aspecto imprescindible del Trabajo Social.

El rechazo juvenil y mecánico del asistencialismo, nos llevó a la abstracción al alejarnos de los problemas y necesidades concretas del pueblo. Y aparecieron tendencias, que aún hoy subsisten, de asistencialismo ideológico, pretendiendo con vocinglería pseudo agitativa avanzar en los niveles de organización y de lucha, sin partir de las reivindicaciones concretas y materiales de los grupos explotados<sup>4</sup>.

No era sólo cuestión de querer, subjetiva y hasta neuróticamente, que el Trabajo Social fuera “revolucionario”. La realidad es tal cual es y no como nosotros quisiéramos que fuera.

Se intentó pasar del cuestionamiento total de los aspectos paliativos y asistenciales de la profesión, a la pretendida elucubración de un “rol revolucionario” para el Trabajador Social. En cierto modo se estigmatizó la opción “repartija de leche” o “acción revolucionaria”; dicha opción, a pesar de las buenas intenciones, era falsa y el tiempo se encargó de demostrarlo.

No obstante los desaciertos mencionados, cabe rescatar a favor de la Reconceptualización, el haber generado un fuerte proceso de toma de conciencia de los Trabajadores Sociales, sobre el papel estabilizador y funcional que venían cumpliendo.

La sintética y acre crítica anterior sobre la Reconceptualización, debe entenderse correlacionada con los significativos aportes que la misma brindó a la profesión.

---

<sup>4</sup> Cuando nos referimos despectivamente a la “acción vocinglera”, no dirigimos la crítica a los grupos consecuente y seriamente militantes, sino a aquellos que reeditando la vieja orientación paternalista creían en la eficacia de “repartir” a los desposeídos “concientización”, absolutamente vacía de contenido concreto.

Además, la mayoría de estos juicios deben considerarse como autocríticos, por haber intervenido también nosotros en ese movimiento.

En la actualidad ya no es suficiente el Trabajo Social continuar con la trillada y mera crítica al asistencialismo. Ni tampoco sólo caracterizar y reconocer el papel y función del estado que, en representación de los intereses de los grupos dominantes, implementa Políticas Sociales destinadas a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Ya señalamos que en el mismo proceso intervienen, junto a los intereses del capitalismo, los intereses de las masas explotadas en pos de sus reivindicaciones.

Si creyéramos que las Políticas Sociales sólo sirven al interés de las clases dominantes (como algunos sostienen en la práctica), ello tendría que llevarnos a rechazar de plano los servicios de bienestar social que ejecute el Estado. El razonamiento sería: si las mejoras sociales sólo sirven a los sectores dominantes para reponer la fuerza de trabajo y, a la vez, aletargar y adormecer a los sectores populares, hay que enjuiciarlas y repudiarlas por demagógicas y paternalistas.

Y esto sólo puede caber en la cabeza de los que teorizamos sobre los problemas ajenos. Los necesitados, aún por sobre la intencionalidad de quienes ejecutan las prácticas asistencialistas o las prácticas asistenciales, lógicamente reciben lo que se les brinda para paliar sus carencias. Desde luego no van a desistir de la recepción del servicio, aunque la acción sea asistencialista.

Pareciera que los Trabajadores Sociales estamos incapacitados de comprender la enorme dimensión que adquiere lo asistencial, para los desposeídos. Las necesidades concretas tienen que ser el punto de partida; y a partir de ello entonces se podrá impulsar la organización y el proceso de lucha por sus reivindicaciones. ¿Quién estará en condiciones de reflexionar y actuar a favor de la organización barrial, sindical y o política, si se halla enfermo o hambriento?.

No discutimos por supuesto, que al interior de los grupos dominantes no exista la intención de morigerar, desmovilizar, amortiguar, detener, el nivel de reivindicación de los sectores populares, pero es la lucha continua (aún con sus retrocesos y vacilaciones) precisamente de estos sectores la que interviene también en la fijación de los nuevos beneficios.

De modo entonces que de lo que se trata es de capitalizar y profundizar (y no sólo repudiar) las conquistas sociales. Recibir lo que se necesita, aunque aparezca como paliativo y benéfico, y estar preparado para seguir adelante. Reclamar, recibir, reclamar...

Esta secuencia, simplistamente formulada a los efectos de la explicitación, deberá estar correlacionada con las condiciones objetivas de los diversos procesos, de sus particularidades y del momento histórico y lugar en que se produzca.



Habrá que hacer confluír la necesidad de la lucha por la elevación del nivel de vida de las masas, su articulación con procesos mayores y dentro de ello, en lo específico de nuestra profesión, precisar el aporte que puede brindar el Trabajo Social.

No puede haber avance en la profesión, si la profundización teórica nos aleja de los problemas concretos de la gente y de las maneras (a veces más sencillas, aunque menos “científicas”) de abordarlos y de darles respuestas precisas y no dilatorias, cuando no inexistentes, por temor a caer en lo paliativo o en el asistencialismo.

No hay trabajo Social posible con los sectores populares, sin respuestas concretas a las carencias brutales que padecen. Si el Trabajador Social opera en la creencia de que la acción social sólo aletarga indefectiblemente, y no que también actúa en la exacerbación y en el desarrollo de la propia lucha por los derechos no reconocidos, no puede menos que entrar en la confusión, en la frustración y en el inmovilismo.

Nadie quiere resignar lo conquistado, ni siquiera lo meramente recibido; de ahí que debemos evitar quedar enmarañados en la teorización unilineal de la preservación de los intereses de las clases dominantes a partir de la implementación de las Políticas Sociales.

Con la misma fuerza y afán que los grupos dominantes intentan capitalizar lo que “conceden”, pensando y soñando en el efecto neutralizador de dicha acción, los sectores explotados con el olfato de la necesidad de su situación y de su rol histórico, toman lo que pueden –concedido graciosamente o no- e intentan simultáneamente seguir luchando en pos de nuevas conquistas.

El proceso de reivindicaciones crecientes se manifiesta entonces como un mecanismo natural, ininterrumpido, que quiere avanzar –y lucha por ello- para no retornar a estadios carenciales anteriores y ni siquiera quedarse en los ya alcanzados, porque el simple sentido común indica que detenerse ya es retroceder. Y es que quienes arriban a determinado grado de progreso o bienestar, ya no quieren lógicamente volver para atrás.

La prestación de servicios sociales concretos y no la negación y el rechazo mecánico de los mismo, tendrá que constituir el elemento motorizador de la organización de los grupos desposeídos. Pretender desconocer las necesidades sentidas de estos sectores, significará dar un salto en el vacío con los resultados imaginables. Teniendo como perspectiva última la organización de los grupos populares, debe utilizarse adecuadamente la práctica asistencial.

No son precisamente las mejoras, por otra parte no tan importantes ni significativas como sabemos, lo que detiene el proceso de reivindicaciones de los sectores populares. Las conquistas sociales sólo se resignan en los períodos de

reflujo histórico y ante la fuerza de la represión. Lo que se “recibe” pasa a formar parte de las conquistas que originan nuevas y mejores conquistas.

En función de ello se entroncará la perspectiva de desenvolver luchas sociales y políticas de mayor alcance y significado, a partir de la experiencia acumulada de la vivencia concreta.

Tal encuadre, con su correspondiente accionar, podría devolver al Trabajo Social –desde una perspectiva política- la identidad profesional perdida o desdibujada.

#### **4. CONSIDERACIONES FINALES.**

Para finalizar queremos mencionar una vez más que tendremos que desprendernos definitivamente de la rápida tentación de asociar con asistencialismo, con demagogia y con populismo, cualquier proyecto de servicios.

Los Trabajadores Sociales tendremos que demostrar agudeza y capacidad para operar idóneamente ante la dialéctica existente entre la concesión de reivindicaciones por parte de los grupos dominantes y la conquista de reivindicaciones por parte de los grupos dominados.

La conciencia de la situación y del carácter y fines de la profesión debe ser el punto de partida desde el que los Trabajadores Sociales nos aproximemos a un planteo de auténticas transformaciones sociales, las cuales se vinculan a la acción creadora de las masas.

Entendemos que la práctica asistencial bien orientada, puede contribuir a impulsar la organización y la lucha por otras reivindicaciones. Y por ello creemos que es mil veces mejor correr el riesgo de pisar el umbral del asistencialismo, en la intención de elevar el nivel y la organización de las masas, que quedarse entrampado en la teorización acerca del eventual aletargamiento que producirían las políticas sociales.

Tal vez nuestra posición pueda confundirse con alguna variante neoasistencialista. Todo lo contrario: el intento propone desterrar la crítica rápida a esta nefasta tendencia no para propiciarla sino precisamente para evitar su proliferación ante nuestro alejamiento de la realidad.